



libertad á algunos individuos que creen hacer una obra buena, servir á Dios, ser útiles á sus semejantes, obedecer á una vocacion del cielo, reuniéndose bajo determinadas leyes, con tales ó cuales obligaciones, con este ó aquel objeto? Le repito á V. que jamás he podido comprender esa peregrina jurisprudencia, que restringe una cosa que si no es buena, es ciertamente inofensiva. Alcanzo sin dificultad que cuando las comunidades religiosas contaban no solo con crecido número de individuos, sino tambien con mucha riqueza, violentásemos, algun tanto en su contra los principios de tolerancia y libertad; pero ahora, cuando los peligros de la dominacion monástica no son mas, hablando entre nosotros, que armas de partido para gritar y revolver; me parece sumamente injusto y hasta impolítico, el emplear una violencia opresiva que no conduce á nada. El espíritu de la época no es ciertamente favorable á los institutos monásticos; y me parece que el mundo está mas bien amenazado de ser disuelto por el amor de los goces positivos, que esterilizado y helado con el cilicio y los ayunos. » De esta manera me ha evitado V. el trabajo de extenderme en reflexiones sobre este punto; expresando clara y brevemente lo mismo que sienten todos los hombres juiciosos, libres de un espíritu de rencorosa parcialidad. Voy pues á contestar rápidamente á las demas preguntas que se sirve V. dirigirme sobre las relaciones de los institutos religiosos con la religion misma y con la sociedad en general.

Desea V. que le aclare un tanto las ideas sobre la debatida cuestion de si los institutos religiosos son cosa tan esencial en la Iglesia, que no se los pueda combatir sin conmover los cimientos del catolicismo; pues que « la variedad que en este punto nos ofrecen la historia y la experiencia, da lugar á encontrados discursos y disputas

interminables. » Nada mas fácil, mi apreciado amigo, que satisfacer en esta parte los deseos de V. ; pues creo que con tal que se aclaren debidamente las ideas, no hay ni puede haber discursos encontrados, ni interminables disputas, ni cuestion de ninguna clase.

Son cosas esenciales en la Iglesia católica la unidad en la fé, los sacramentos, la autoridad de los pastores legítimos, distribuidos en la conveniente gerarquía, todos bajo el primado de honor y de jurisdiccion del sucesor de san Pedro y vicario de Jesucristo, el Romano Pontífice. Aquí no encuentra V. las comunidades religiosas; y si por un momento suponemos que han sido todas suprimidas sin quedar ni una sola sobre la faz de la tierra, la Iglesia permanece aun; vive con sus dogmas, con su moral, con sus sacramentos, con su disciplina, con su admirable gerarquía, con su autoridad divina; esto es verdad, es cierto, indudable; y si en este sentido se quiere decir que las comunidades religiosas no son esenciales al catolicismo, se afirma una cosa muy sabida, que ningun católico niega ni puede negar. En cuyo caso, no hay disputa ni cuestion de ninguna especie. Prosigamos aclarando las ideas.

En la Iglesia católica hay la fé que nos enseña sublimes verdades sobre los destinos del hombre, unas terribles, otras consoladoras; hay la esperanza que nos levanta en sus alas divinas, y nos lleva hácia las regiones celestiales, inspirándonos fortaleza en las adversidades de un momento que sufrimos sobre la tierra, y comunicándonos una santa moderacion en la deleznable fortuna que tal vez nos sonríe, haciendo que la veamos en toda su pequeñez, en toda su volubilidad, cuando la comparamos con el bien eterno é infinito á que debemos aspirar; hay la caridad que nos hace amar á Dios sobre todas las cosas, incluso nosotros mismos, que nos hace amar á todos los hombres en Dios, y que por consiguien-

te nos inspira el deseo de ser útiles á nuestros semejantes; hay el Evangelio, donde á mas de los preceptos cuyo cumplimiento es necesario para entrar en la vida eterna, se contienen los sublimes consejos de venderlo todo y darlo á los pobres, de llevar una vida casta como los ángeles en el cielo, de despojarse completamente de la propia voluntad, de abrazar la cruz y seguir á Jesucristo sin mirar hácia atrás; hay un Espfritu vivificante que ilumina los entendimientos, domina las voluntades, ablanda los corazones, transforma al hombre entero, y le hace capaz de resoluciones heróicas, que ni siquiera podria concebir la humana flaqueza. Todo esto hay en la religion cristiana; y ¿ cuál es, cuál debe ser el resultado? Hélo aqui: algunos hombres no quieren limitarse al cumplimiento de los mandamientos divinos, y desean tomar por regla de su conducta, no solo los preceptos, sino tambien los consejos del Evangelio. Recordando las palabras de Jesucristo en que recomienda la oracion en comun, y promete á los que así lo hagan, su asistencia de un modo particular; recordando las augustas costumbres de la primitiva Iglesia, en que los fieles vendian sus propiedades y llevaban su precio á los pies de los apóstoles; recordando lo muy agradable que es á Dios la virtud de la castidad, lo muy acepta que es á Jesucristo la obediencia, pues que él se hizo obediente hasta la muerte; se reunen para animarse y edificarse recíprocamente; prometen á Dios observar las virtudes de pobreza, castidad y obediencia; ofreciéndole de esta manera en holocáusto lo que el hombre tiene de mas caro que es la libertad, y precaviéndose al mismo tiempo contra su propia inconstancia. Los unos se abandonan á las mayores austeridades; otros se entregan á incesante contemplacion; otros se dedican á la educacion de la niñez; otros á la instruccion de la juventud; otros se consagran

al ministerio de la divina palabra; otros al rescate de los cautivos; otros al consuelo y cuidado de los enfermos; y hé aqui los institutos religiosos. Sin ellos se concibe la religion; pero ellos son un fruto natural de la religion misma; nacen espontáneamente en el campo de la fé y de la esperanza, bajo el soplo vivificante del amor de Dios. Donde se plantea la religion allí aparecen; si se los arranca, vuelven á brotar; si se los destroza, sus miembros dispersos sirven de fecunda semilla para que resuciten bajo nuevas formas, igualmente bellas y lozanas.

Ya ve V., mi apreciado amigo, que mirada la cosa desde esta altura, desaparecen las cuestiones arriba indicadas. Preguntar si puede haber catolicismo sin comunidades religiosas, es preguntar si donde hay sol que esparce en todas direcciones el calor y la luz, si donde hay un aire vivificante, si donde hay una tierra feraz regada con abundante lluvia, puede faltar la vegetacion; preguntar si las comunidades religiosas pueden morir para siempre, es preguntar si los huracanes transitorios que devastan las campiñas, pueden impedir que la vegetacion renazca, que los árboles florezcan de nuevo y produzcan sus frutos; que los campos se cubran de mieses. Así nos lo enseña la historia, así nos lo atestigua la experiencia; querer un catolicismo que no inspire á algunos hombres privilegiados el deseo de abandonarlo todo por amor de Jesucristo, de consagrarse á la meditacion de las verdades eternas y al bien de sus semejantes; es querer un catolicismo sin el calor de la vida, es imaginarse un árbol endeble cuyas raíces no penetran en el corazon de la tierra, y que se seca á los primeros ardores del verano, ó es arrancado fácilmente al soplo del aquilon.

Me pregunta V. lo que pienso sobre la utilidad social de las comunidades religiosas; y si creo que bajo este

aspecto, se les pueda otorgar algun porvenir, atendida el espíritu y la marcha de la civilizacion moderna. Como una carta no permite la amplitud requerida por la inmensa cuestion suscitada con esta pregunta, me limitaré á dos puntos de vista que espero serán aprovechados por el talento y la ilustracion de V.

Bajo el aspecto histórico se puede establecer por regla general, que la fundacion de los diferentes institutos religiosos, á mas de su objeto cristiano y místico, ha tenido otro eminentemente social, y exactamente acomodado á las necesidades de la época. Si se estudia la historia de las comunidades religiosas teniendo presente esta idea, se la encuentra realizada en todos tiempos y paises de una manera asombrosa. El oriente y el occidente, lo antiguo y lo moderno, la vida contemplativa y la activa : todo ofrece abundantes materiales históricos que comprueban la exactitud de la observacion : en todas partes se la encuentra verificada con admirable regularidad (1).

Esto pienso sobre la historia de las comunidades religiosas ; no me es posible reproducir en una carta las razones y los hechos, en que fundo mi opinion ; si tiene V. ocio bastante para dedicarse á esta clase de estudios, abandono con entera seguridad la cuestion al buen juicio de V. Ahora voy á presentar en breves palabras el otro punto de vista, relativo al porvenir de dichos institutos.

Como nosotros creemos que la Iglesia no perecerá, sino que durará hasta la consumacion de los siglos, estamos seguros tambien de que el divino Espíritu que la anima, no la dejará nunca estéril, y que la hará pro-

(1) Véase *El Protestantismo comparado con el Catholicismo*, tom. 3,

ducir no solo los frutos necesarios para la vida eterna, sino tambien los que contribuyen á realzar su lozanía y hermosura. Las comunidades religiosas pues, durarán bajo una ú otra forma : ignoramos las modificaciones que esta podrá sufrir, pero descansamos tranquilos á la sombra de la Providencia.

Tocante á la utilidad social de las comunidades religiosas en el porvenir, la cuestion es para mí muy sencilla. ¿ Pueden ser útiles á la civilizacion moderna grandes ejemplos de moralidad, el espectáculo de virtudes heroicas, de abnegacion y desprendimiento sin límites ? ¿ Tienen las sociedades modernas grandes necesidades que satisfacer ? La educacion de la infancia, muy particularmente la de las clases pobres, la organizacion del trabajo, el espíritu de asociacion para el fomento de los grandes intereses procomunales, las casas de expósitos, las penitenciarías, los establecimientos de correccion, y toda clase de instituciones de beneficencia, ¿ dejan de ofrecer problemas sumamente complicados, de presentar gravísimas dificultades, de necesitar el auxilio del desprendimiento, del amor de la humanidad desinteresado y ardiente ? Ese desinterés, esa abnegacion, ese ardiente amor de la humanidad, solo pueden nacer de la caridad cristiana : esta puede obrar de infinitas maneras ; pero el secreto para que su accion sea mas bien dirigida, mas enérgica, mas eficaz, es hacer que se personifique en algunas de esas instituciones que se sobrepone á las afecciones particulares, que viven largos siglos como un grande individuo, en el cual no figuran las personas, sino como en el cuerpo humano las moléculas que entran y salen incesantemente en el movimiento de la organizacion.

Repito que tengo viva esperanza en la utilidad social de las comunidades religiosas. En el porvenir de la civi-

lizacion moderna, se me ofrecen como poderosos elementos de conservacion en medio de la destruccion que nos amenaza, como un lenitivo á crueles sufrimientos, como un remedio á males terribles. El egoismo lo invade todo; y yo no conozco medio mas eficaz para neutralizarle que la caridad cristiana. Los hombres se reunen para ganar, y tambien para socorrerse por cálculo; yo deseo que se reunan ademas para auxiliarse con absoluto desprendimiento del interés propio, ofreciéndose en holocausto por el bien de sus semejantes. Esto hacen las comunidades religiosas; y por esta razon, me prometió mucho de su influencia en el porvenir del mundo. No pueden ser inútiles, mientras haya salvajes y bárbaros que civilizar, ignorantes que instruir, hombres corrompidos que corregir, enfermos que aliviar, infortunados que consolar. De V. afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XXIV.



Mi apreciado amigo: ha podido V. notar en mi carta anterior que exponia mis ideas con la mayor brevedad posible, y para esto tenia una razon especial, que consistia en el temor de que el asunto se le hiciese pesado; pues que daba yo por cierto que las comunidades religiosas no habrian sido el objeto favorito de los estudios de V.; y que por consiguiente solo podria soportar algunas indicaciones rápidas en las que la memoria de los claustros no le hiciese perder el recuerdo del mundo. Ahora veo que su espíritu de V. va tomando una direccion algo mas seria; y no cree ya que objetos cuya historia ocupa largos siglos, y que de tal modo se enlazan con el desarrollo social de las naciones modernas, puedan ser conocidos con un estudio superficial, ni deban ser condenados con ocurrencias agudas. Al fin va V. penetrándose de la injusticia y frivolidad del método volteriano, que traduce sus dificultades en sarcasmos, y contesta á las razones mas sólidas con una sonrisa burlona. El error es mas tolerable cuando va acompañado de cierto amor á la razon y sentimientos de equidad.

Mis observaciones sobre las comunidades religiosas le parecen á V. dignas de atencion; esto me basta; pues que mi objeto no era otro que excitar la curiosidad de V. por si lograba que algun dia estudiase á fondo estas materias con el detenimiento que su gravedad reclama. Mal podia lisonjearme de circunscribir esta cuestion á los reducidos límites de una carta; cuando estoy persuadido de que podria escribirse sobre este punto una interesante obra, y de no escasas dimensiones. Como quiera, ya que V. se empeña en continuar discutiendo, no tengo inconveniente en satisfacer sus deseos.

Considera V. los institutos religiosos bajo el aspecto de la severidad, pareciéndole esta un tanto excesiva, atendida la humana flaqueza; é innecesaria ademas para conseguir el objeto que los fundadores se proponian. Yo tengo sobre este particular convicciones muy diferentes; y para ello me fundo no precisamente en el respeto debido á la sabiduría y santidad de aquellos ilustres varones, sino en razones nacidas de la naturaleza misma del corazon humano. Voy á exponerlas brevemente.

La vida religiosa aisla en cierto modo de los demas hombres al individuo que la profesa. Con los votos se rompen los lazos que le unen al mundo; la amistad y la familia desaparecen, en cuanto se opongan al objeto del instituto. El religioso es un hombre que aunque mora sobre la tierra, está enteramente consagrado á las cosas del cielo. La propiedad, ese poderoso vínculo que liga á los individuos y á las familias, que los hace pegar por decirlo así á un lugar determinado, como se pega la planta á la tierra de donde recibe su vida, no existe para el religioso; no solo no la tiene, sino que se ha privado de la facultad de tenerla; por amor de Jesu-cristo, se ha hecho pobre para siempre; se ha condena-

do á no poseer nada. Con el voto de castidad está privado de la familia; y con la vida comun, no puede tener aquellas relaciones domésticas que sustituyen en el corazon á las de la familia propia. La obediencia no le permite elegir el lugar de su habitacion; ni tampoco entregarse á sus ocupaciones predilectas. Es un hombre excepcional en todo; que en todo se mueve por reglas diferentes de las del comun de los hombres.

Este individuo, aislado de esta manera, sin mas contacto con el mundo que el que le permiten las prescripciones á que se halla sometido, no deja de ser hombre; no se ha convertido en ángel; tiene sus flaquezas, sus deseos, sus caprichos, abraza un corazon que late, que está sometido á las mismas impresiones que el de los que viven en medio del mundo. Lleno de juventud y de vida, su pensamiento vuela mas allá del recinto monástico; su corazon se dilata, necesita satisfacerse con algunos objetos, que si no los encuentra en su instituto, irá á buscarlos en otra parte. ¡Desgraciado, si aflojada la severidad de la disciplina religiosa, teniendo un pié en el claustro, pone el otro en los umbrales del mundo; si quiere vivir en dos elementos, á manera de anfibio que tan pronto se sepulta en las profundidades de un lago, como respira un aire que abrasa, en el ardor de los arenales! Los resultados no pueden menos de ser funestos: se establece una implacable lucha entre las influencias de elementos tan contrarios; el infortunado se halla sometido á la accion de dos fuerzas opuestas; su alma necesita dividirse en dos partes por decirlo así; su corazon, sujeto á violentas alternativas de expansion y compresion, se rompe y destroza.

Entonces, resulta por necesidad un chocante desacuerdo entre el instituto y la conducta, entre las palabras y las obras: siendo el desórden tanto mas monstruoso,

cuanto es mas vivo el contraste. Hé aquí una razon profunda de la severidad de los fundadores; hé aquí por qué lo que á primera vista pudiera parecer exageradamente riguroso, es altamente cuerdo y previsor. Un hombre sin propiedad, sin familia, sin libertad en sus actos, consagrado por voto á la práctica de las virtudes evangélicas, y que sin embargo se olvidase de sus deberes y reuniese en torpe mezcolanza el traje de la austeridad con la relajacion del mundo, seria un objeto repugnante.

Ahora bien, en el fondo del alma humana hay un caudal de actividad que se despliega con el ejercicio de diferentes facultades: el entendimiento, la voluntad, la imaginacion, el corazon necesitan pábulos en que cebarse; mientras el hombre vive, sus facultades viven con él; vano empeño seria pretender ahogarlas; lo que conviene, es moderarlas, dirigir las, subordinar á las mas nobles las menos nobles, procurar que la expansion y energia de aquellas, no permitan á estas traspasar los limites señalados por la razon y la moral. La indulgencia con las malas pasiones, con los instintos peligrosos, lejos de producir el *saludable desahogo* que V. se promete, levantarian en el corazon movimientos tempestuosos, y acabarian pronto con toda disciplina. La historia de la Iglesia nos ofrece repetidos ejemplos que confirman esta verdad, y justifican la prevision de los fundadores de los institutos religiosos. La naturaleza humana es tan débil, son tantos los pliegues de nuestro corazon; son tan variadas é ingeniosas las ilusiones con que procuramos engañarnos, que la experiencia atestigua no estar de sobra ninguna precaucion cuando se trata de evitar abusos; mayormente, si es preciso extender la vista mas allá de la esfera individual y ocuparse de instituciones que han de vivir largos siglos. Esta consideracion me

lleva naturalmente al exámen de lo que V. llama « *pequeñeces* que se pueden despreciar sin perjuicio de la disciplina. »

Todas las leyes, todas las instituciones aplicables á los hombres, necesitan á mas de su constitutiva accion esencial, fuertes preservativos contra la destructiva accion del tiempo y del contacto humano. El mundo moral, á semejanza del fisico, está sujeto á un continuo flujo y reflujo de accion y reaccion. A todo lo que debe durar mucho tiempo, no le basta abrigar un poderoso principio de vida que rechace la corrupcion y la muerte de las regiones del corazon y de las vísceras indispensables á las principales funciones del organismo; es necesario que los preservativos se hallen á larga distancia del centro de la vida, en todos los puntos de la periferia, como centinelas avanzados que rechazan la corrupcion y la muerte, mucho antes que lleguen á entablar su lucha destructora, en los puntos mas delicados de la organizacion.

Eche V. una ojeada sobre las leyes sin observancia, sobre las costumbres corrompidas, sobre las instituciones políticas ó sociales que han perdido su fuerza; siga V. la historia de la decadencia de las cosas mejores; y notará que en el bien como en el mal hay en el mundo una ley por la cual se hacen los tránsitos de un extremo á otro, no repentinamente, sino por una gradacion suave, y muchas veces imperceptible.

¿Porqué ha caido en desuso una ley utilísima, hasta el punto de que nadie repara en infringirla abiertamente? ¿Se comenzó por quebrantarla sin rebozo? De ninguna manera. Lo que se hizo fué principiar por el descuido de una formalidad, al parecer de poca importancia: la prescripcion de la ley quedaba cumplida; lo que se dejaba sin observancia era una cosa insignificante, pu-

ramente reglamentaria, que ni se hallaba en la mente del legislador, ni siquiera formaba parte de la ley. La rendija estaba abierta; el tiempo debía encargarse de ensancharla.

La ley, mientras estaba cubierta por la formalidad llamada insignificante, no se hallaba en contacto inmediato con las resistencias que encontraba en la ejecución. La formalidad era una especie de cuerpo tupido y elástico, que quebrantaba el ímpetu de los choques, y no dejaba que saliesen lastimados los artículos de la ley. La formalidad ha desaparecido; los artículos se hallan descubiertos, desnudos; encontrando una resistencia, ellos tendrán que sufrir el roce ó el golpe; y será mas fácil que se los lastime. Y esa resistencia mas ó menos fuerte, la encuentra toda ley; porque la ley seria inútil, si no tuviese por objeto el restringir en algo la libertad, el oponerse á fuerzas que quieren extralimitarse.

¿Qué sucede en tal caso? Antes se luchaba con la formalidad, ahora se lucha con el mismo texto de la ley: su letra está terminante; pero su espíritu, cosa de suyo algo vaga, se presta á interpretaciones favorables. El legislador dijo esto: no cabe duda; pero su mente no podía ser tan rigida; las circunstancias han variado notablemente; y ademas, el caso de que se trata *hic et nunc*, es de tal naturaleza, que si el legislador pudiera ser consultado, se pondría de parte de la interpretacion benévola. También se ha de tener presente que el artículo á cuya letra se quiere faltar, es de los menos importantes; si se tratase de alguno fundamental, ya seria otra cosa; entonces se observarían con todo rigor la mente y la letra. La transaccion se ha consumado, mi apreciado amigo; el artículo de la ley es quebrantado; la rendija se ha convertido en un anchuroso boqueron; bien pronto entrarán por él cuantos deseen marchar á su objeto por

el camino mas corto; con el tránsito continuo la abertura se hará mas espaciosa, y la ley sin ser derogada, quedará anulada completamente. La infraccion habia comenzado por una formalidad insignificante, y el resultado ha sido quedar reducida la pobre ley á una insignificante formalidad; porque tales somos los hombres; cuando hay algo que contraría nuestras pasiones ó intereses, atropellamos por todo, rompiendo primero las formas, destruyendo despues el fondo mas íntimo de los objetos; pero cuando los intereses y las pasiones pueden ya obrar holgadamente sin encontrar ninguna resistencia, entonces nos acordamos de alguna formalidad inofensiva, la ponemos en práctica, y con la mayor seriedad del mundo nos hacemos la ilusion de que observando la formalidad, observamos todavia la difunta ley.

La historia de la infraccion de las leyes es la historia de la corrupcion de las costumbres, de la decadencia de las instituciones mas robutas, de la degeneracion de las cosas mas santas. Nuestro corazon es profundamente sagaz; somos mas hipócritas con nosotros mismos, que con los otros. Las arterías que empleamos para engañarlos á ellos, no tienen comparacion ni en número ni en calidad, con las que inventamos y practicamos para engañarnos á nosotros mismos.

Toda ley, toda institucion, deben estar rodeadas de fuertes preservativos. La habilidad del legislador, del fundador ó del institutor se manifiesta en el modo con que ha sabido tomar las avenidas por donde su obra debia recibir los ataques de las pasiones y flaquezas humanas. Una ley puede ser muy severa, estar acompañada de una sancion terrible, y sin embargo no servir para su objeto, y estar segura de ser luego quebrantada; así como otra, muy suave en el fondo, puede estar combinada tan sabiamente, rodeada de tan oportunos pre-

servativos, que se estrellen en ellos los ataques mas impetuosos, y posea fuerza bastante para triunfar de las mayores resistencias.

A la luz de estas observaciones, comprenderá V. sin dificultad la dilatada prevision encerrada en las *minusculidades* que le escandalizan á V. En general, los fundadores de los institutos religiosos se distinguieron no solo por su santidad, sino por un profundo conocimiento del corazon humano. No pocos entre ellos, habrian sido excelentes legisladores. Tan distante me hallo de tener por excesivas las precauciones que á V. le parecen tales, que por el contrario, creo no se los pudiera culpar, y antes bien alabar, si las hubiesen tomado mayores. La accion del tiempo y el fuego de las pasiones humanas ejercen de continuo un roce destructor, que muchas veces no ha menester choques violentos para acabar con las cosas mas robustas. Juzgue V. lo que sucederia, si no se hubiesen tomado á tiempo las precauciones convenientes.

No comprende V. la razon «del cúmulo de obligaciones con que se hallan abrumados algunos institutos religiosos:» siendo esta una objecion general, solo se le puede contestar con reflexiones generales. Una de estas, y que me parece decisiva, la tengo ya indicada anteriormente. La actividad, y sobre todo en individuos aislados, necesita un pábulo continuo. La llama de la vida ha de consumir algo; si la dejamos encerrada, ociosa, en nuestro interior, nos devora á nosotros mismos. Sin mucha ocupacion, sin multiplicadas prácticas, ¿cómo se llena la vida de un solitario? ¿cómo se evita que se levanten en su corazon formidables borrascas, ó que sumbada bajo el peso de un tedio insoportable? Estas consideraciones son bastantes para desvanecer las prevencciones de V. contra lo que apellida «exagerado misticismo

de algunos institutos religiosos;» pero como este último punto es de la mas alta impertancia, quiero someter al buen juicio de V. otras reflexiones que me parecen dignas de atencion.

Es un hecho fundamental, constantemente observado, que la actividad de nuestras facultades gasta de un fondo comun, y que el aumento de fuerza en las unas suele llevar consigo disminucion en las otras. No es posible tener en muchos sentidos un mismo grado de actividad; y de aquí ha nacido el proverbio de las escuelas; «*pluribus intentus minor est ad singulá sensus.*» Cuando las facultades animales tienen un gran desarrollo, las intelectuales y morales padecen debilidad; y por el contrario, cuando la parte superior del hombre, el entendimiento y la voluntad, se desenvuelven con grande energía, las pasiones se enflaquecen y pierden su imperio sobre la conducta. Los grandes pensadores se han distinguido casi siempre por su alejamiento de los placeres de la vida; y los hombres entregados á la sensualidad, rara vez se distinguen por la elevacion de sus pensamientos. Quien está dominado por pasiones brutales, pierde aquella delicadeza de sentimientos que hace percibir inefables bellezas, en el órden moral y hasta en el físico; y un continuado ejercicio de sentimientos esquisitos y puros, que saliendo de la esfera de la sensibilidad comun, parecen tocar á las regiones de un mundo ideal, se opone al desarrollo de las pasiones groseras, que lastiman el alma arrastrándola por un lodazal inmundo.

Ya habrá V. comprendido á dónde voy á parar con estas observaciones; me propongo nada menos que defender el misticismo en el terreno de la filosofia, y manifestar la utilidad de que se le desenvuelva fuertemente en los institutos religiosos. La imaginacion necesita es

pectáculos en que pueda saborearse; el corazón ha menester de objetos que exciten su amor; si no se le ofrecen en el terreno de la virtud, irá á tomarlos en el del vicio; y la llama no dirigida hácia Dios se enderezará hácia las criaturas. ¿ Le parece á V. que un corazón como el de santa Teresa de Jesús podía vivir sin amar? Si no se hubiese consumido con la llama purísima del amor divino, se hubiera abrasado con el fuego impuro del amor terreno. En vez de un ángel que excita la admiración de los mismos incrédulos que han leído por casualidad alguna de sus páginas admirables, tal vez hubiéramos tenido que deplorar los extravíos de una mujer peligrosa, trasladando al papel sus pasiones con caracteres de fuego.

Chateaubriand hablando de san Gerónimo ha dicho con profunda verdad: « aquella alma de fuego necesitaba de Roma ó del desierto. » ¡ A cuántas y cuántas almas no pudiera aplicarse el pensamiento del ilustre poeta! El gran corazón de san Bernardo, ¿ qué hubiera hecho de su sensibilidad, si no hubiese encontrado un inmenso pábulo en las cosas divinas? Aquella actividad inagotable, que atendía á las ocupaciones de religioso, á las de consejero de reyes y papas, y caudillo de un movimiento europeo que lanzaba el occidente sobre el oriente, ¿ en qué se hubiera cebado, si desde sus primeros años no hubiese tenido un objeto infinito, Dios?

Hago estas indicaciones con la rapidez que exige la brevedad de una carta; V. podrá fácilmente desenvolverlas aplicándolas á muchos personajes y á varias situaciones de la historia de la Iglesia en todos los siglos. No todos los hombres son como san Gerónimo y san Bernardo; pero todos necesitan ocuparse y amar. Si no se ocupan bien, se ocupan mal; el ocio, no suele ser otra

cosa que la práctica del vicio. Si no se ama lo bueno, se ama lo malo; si no arde en nuestro pecho la llama que purifica, arde la llama que afea. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.